

¿Conquista o independencia?

Ángel Largo Méndez

<http://mizurdaopinion.blogspot.com/2009/10/conquista-o-independencia.html>

Confer. también el mismo artículo en diario "El Telégrafo", lunes 12 de octubre de 2009

(www.eltelegrafo.com.ec/files/Ediciones_Impresas/PDFs/2009/elTelegrafo.12-10-2009.pdf)



Aplicando la lógica actual, la independencia del 9 de octubre de 1820 se celebró hasta 1992, cuando el surgimiento del socialcristianismo como eje político en la ciudad inició la "nueva era". Siete años después se respira una libertad distinta, que huele a territorio feudal, pero que encandila un sentimiento de agradecimiento entre la gente, maquillando la contradicción de su verbo con la acción.

Luego del aquelarre roldosista, los guayaquileños cayeron en desesperación y solo la mano fuerte de León Febres Cordero socavó la baja autoestima. Deduciendo que mejor es el mal peor, del descriterio administrativo municipal se pasó a un autoritarismo radical, con límites profundos a la democracia limitada al voto popular. Con el fallecido político y su pupilo sucesor, la participación ciudadana en los espacios públicos y decisiones municipales tuvo un divorcio definitivo, ya que tampoco en décadas pasadas tenía mucho auge.

Así de a poco, la identidad liberal del guayaquileño quedó sumisa ante la imagen de una dirección única, una línea vertical en la cual el ciudadano común ocupa el último espacio. Las manifestaciones populares desaparecieron y dieron paso a las marchas "cívicas", unos híbridos resultados con la dirección monopolista del Cabildo, donde la defensa de los intereses políticos del partido local abanderaban la lucha ciudadana contra el poder nacional.

Pero hoy, el asunto resulta más grave. Apoderados los símbolos locales como banderas partidistas, la celebración de este 9 de octubre presenta el escenario de una contienda política con el Gobierno, una situación

ajena al espíritu de la gesta. La disputa contra el centralismo nacional por parte del centralismo local, con más de diez años de experiencia, resume las fiestas a una medición de fuerzas políticas, que ubican el agitar de una banderita celeste y blanco y cantar madera de guerrero en una acción anticorreísta y afiliación al movimiento del alcalde.

De la misma forma, las propuestas de resistencia popular fueron relegadas al título de tontas aberraciones de la izquierda por la máscara cementina. El culto a la arquitectura postmoderna del centro y sus alrededores, hizo que el guayaquileño considere un insulto cualquier intento social de exigir su participación en el desarrollo del espacio urbano. Durante década y media, agrupaciones consideradas de “tercer nivel” como obreros, informales, homosexuales o los simplemente pobres, por nombrar algunas, debieron iniciar de nuevo el camino hacia la liberación.

¿Nos hemos dado cuenta que vivimos otra etapa? ¿Qué los poderes omnímodos absorbieron el sentimiento popular para generar adeptos partidistas? ¿Qué de la libertad original del guayaquileño poco o nada queda? ¿Qué vivimos en un feudo orgullosos de nuestra patética parcela? 189 años después de la Fragua de Vulcano, los intereses primarios de los próceres huancavilcas se han limitado a la apertura comercial, como si la globalización fuera producto del siglo XIX. Las otras libertades alcanzadas, de pensamiento, de resistencia, de libre circulación, han sido mermadas y reducidas a la conveniencia municipal. Ellos no celebran la independencia, viven su propia conquista. Nosotros debemos comenzar a pensar en la próxima revolución.

pd: Esta fue la mejor foto de la bandera que encontré, o por lo menos la más original.

PUBLICADO POR ÁNGEL LARGO MÉNDEZ EN 9:23 